

La oposición conservadora y de las clases medias al cardenismo

Javier Garciadiego*

En el decenio de los treinta México pasó por un radical proceso de transformación de su sector político. Para comenzar, en 1929 se respondió al vacío de poder generado por el asesinato del presidente electo y caudillo mayor, Álvaro Obregón,¹ con la creación de una institución que resolviera pacíficamente las aspiraciones y contiendas por la obtención de las candidaturas a puestos de elección popular entre los políticos surgidos de la Revolución mexicana. Dicha institución, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), se conformó a partir de la unificación de numerosos grupos, partidos y organizaciones regionales y sectoriales, los que conservarían el control local –incluso se fortalecerían– a cambio de formar parte disciplinada de la nueva estructura nacional.²

Si bien la estrategia resultó exitosa y a partir de entonces desaparecieron las rebeliones preelectorales –aunque no las escisiones al interior de la institución–, lo

* Agradezco la colaboración de Ma. del Rayo González Vázquez, Elsa Aguilar Casas, Marco Antonio Fernández Martínez y Begoña Hernández y Lazo. El presente texto formará parte de la biografía que el autor prepara sobre Manuel Gómez Morín. Una versión preliminar se publicó en *Propuesta*, año 4, núm. 8, vol. 1, febrero de 1999, p. 9-35.

¹ La violencia también se expresó, de finales de 1927 a mediados de 1928, con los asesinatos de los otros dos candidatos importantes: los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez. Otra manifestación de esta tendencia fue la rebelión “escobarista”, de mediados de 1929, encabezada por militares inconformes con la creación del PNR y con la designación del ingeniero Pascual Ortiz Rubio como su primer candidato presidencial.

² Alejandra Lajous, *Los orígenes del partido único en México*, México, UNAM, 1979; Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada (medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo estado (1928-1945)*, México, Siglo XXI Editores, 1982, y Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coordinadores), *El Partido de la Revolución: institución y conflicto (1928-1999)*, México, FCE, 2000.

cierto es que pronto el PNR tuvo que modificar su naturaleza y su estructura. En efecto, apenas medio año después de creado la economía mundial sufrió la mayor crisis de su historia, con prontas y severas repercusiones en México. Es incuestionable que el *crack* de 1929 abatió la actividad económica nacional: la reducción de las exportaciones y el encarecimiento de las importaciones contrajeron la producción, provocando cierres y “quiebras” de empresas con su consecuente secuela de desempleo. Hubo sectores especialmente afectados, como el minero, el petrolero y el textil, pero fue general el deterioro socioeconómico, por la reducción real del salario debido al gran aumento de los precios.³

Dado que el PNR no era un partido organizado a partir de clases sociales, lo que le hubiera permitido ejercer un control sobre éstas, la politización y movilización de los obreros y campesinos provocadas por dicha crisis se convirtieron en una grave fuente de inestabilidad. Por ello el gobierno se vio obligado a otorgar considerables concesiones a tales grupos y a radicalizar su discurso y su política social, lo que probablemente fue la explicación final del derrumbe del presidente Pascual Ortiz Rubio y de su reemplazo por Abelardo Rodríguez, en septiembre de 1932, quien dio inicio al proceso reformista que luego llevaría a su máxima expresión Lázaro Cárdenas.⁴ En efecto, desde el principio de su gobierno, Cárdenas estableció una explícita alianza con los obreros y campesinos, conducta que molestó y preocupó a las clases altas y medias y a los grupos organizados de revolucionarios, veteranos temerosos de perder el poder —y sus beneficios— que detentaban desde el triunfo de la Revolución mexicana. El enfrentamiento de 1935 y 1936 entre Plutarco Elías Calles y Cárdenas fue, en última instancia, la lucha entre los respectivos adalides de todos estos grupos sociales.⁵

³ Miguel Ángel Calderón, *El impacto de la crisis de 1929 en México*, México, FCE, 1982.

⁴ John W.F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución 1919-1936*, México, FCE, 1977; Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Los inicios de la institucionalización*, México, El Colegio de México, 1978 (tomo 12 de *Historia de la Revolución mexicana*); Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del maximato*, México, El Colegio de México, 1978 (tomo 13 de *Historia de la Revolución mexicana*); Tzvi Medin, *El mínimo presidencial: historia política del maximato (1928-1935)*, México, ERA, (Problemas de México), 1982, y Arnaldo Córdova, *La Revolución en crisis. La acentura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995.

⁵ Aunque ninguno de los dos sostiene esta interpretación, para la reconstrucción del enfrentamiento véase Romana Falcón, “El surgimiento del agrarismo cardenista. Una revisión de las tesis populistas”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XXVII, enero-marzo 1978, núm. 3, p. 333-386, y Luis González,

LOS MOTIVOS DEL CONFLICTO

El triunfo del modelo cardenista fue una amenaza terrible para los grupos en el poder y para los sectores altos y medios, los cuales acometieron numerosos esfuerzos opositores a través de varias organizaciones sectoriales y grupos de presión, así como mediante diversos partidos políticos, efímeros y fallidos. Las clases medias y los grupos empresariales fueron conscientes de que su unificación era urgente para protegerse del gran impulso organizador que caracterizó a los obreros y campesinos durante esos años, proceso que gozó de la dirección y el respaldo gubernamental y que concluyó con la creación de las grandes centrales de masas: la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936, y la Confederación Nacional Campesina (CNC) en 1938.⁶

Los principales ámbitos de desavenencia fueron, además de las explícitas simpatías de Cárdenas por los obreros y campesinos y su no menos evidente rechazo a los sectores medios y altos, sus políticas educativa, religiosa, económica e internacional. Obviamente, el rechazo al populismo también fue parte esencial del opositonismo de las clases medias y altas. No fue casualidad que sus primeras organizaciones del decenio descendieran del movimiento vasconcelista de 1929, crítico del militarismo y la corrupción gubernamental, o que hayan sido secuelas del conflicto cristero. Por ejemplo, hacia 1933, en los albores de la contienda por la presidencia que elevaría a Cárdenas al poder, se organizó el Partido Regenerador Nacional, formado por varios ex vasconcelistas como Alfonso Taracena, Alejandro Gómez Arias, Andrés Henestrosa y Salvador Azuela, y por católicos como Armando Chávez Morado y Federico Méndez Rivas.⁷

El propósito del Partido Regenerador Nacional era luchar por la libertad de conciencia y de enseñanza, “pero sin clericalismos de ninguna especie”, bandera sostenida en su periódico *La Verdad*, dirigido por el propio Taracena. Sin embargo,

“El match Cárdenas-Calles o la afirmación del presidencialismo mexicano”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, núm. 1, vol. 1, invierno de 1980, p. 5-33.

⁶ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, ERA, 1974, y Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

⁷ Otros miembros fueron el licenciado Gilberto Suárez Arvizu y Miguel de la C. Escamilla. Cuando menos tuvo “clubs” en Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Coahuila.

dicho partido tuvo un impacto limitado, pues acordó abstenerse de participar en las inminentes elecciones, dado que consideraba que aún estaba pendiente el resultado de las elecciones de 1929; aunque José Vasconcelos se afilió al Regenerador Nacional desde el exilio, pues le parecía la única solución viable para la situación del país, desde un principio advirtió que no podía ser candidato presidencial en tanto que él ya era el presidente del país, moral y legalmente, desde 1929.⁸

Hubo otras organizaciones que se opusieron a que Cárdenas obtuviera la presidencia del país. Una fue el Partido Civilista Renovador, de “fe liberal” e “ideales conservadores”, que se disolvió cuando el ex maderista, ex obregonista y ex callista ingeniero Alberto J. Pani⁹ se negó a ser su candidato.¹⁰ Otros partidos contrarios a la candidatura de Cárdenas fueron el Nacional Antirreeleccionista, que también naufragó cuando rechazó su candidatura el ex carrancista Luis Cabrera, a quien se proponía en tanto que poseía un “cerebro de estadista”, lo que garantizaba que haría de México una “nación respetable”, mientras que Cárdenas les parecía, ilustrativamente, un “analfabeta sectarista” y “fanático”.¹¹

Del mismo modo compitió contra Cárdenas la Confederación Nacionalista Democrática, también llamada Partido Nacionalista Democrático, que apoyaba al sonoreense Gilberto Valenzuela.¹² Las dudas de éste y de Cabrera dieron lugar a que surgiera la candidatura del viejo magonista Antonio I. Villarreal, propuesto por la Confederación de Partidos Revolucionarios Independientes, la cual llegó a tener seguidores en varios estados de la República, organizados en varias agrupaciones.¹³ Aunque débil, la postura anticardenista de la Acción Revolucionaria Mexicana fue muy significativa, en tanto que estaba en favor del comercio y la industria, “especialmente los de pequeña escala”.¹⁴

⁸ Alfonso Taracena, *La revolución desvirtuada*, 8 vols., México, Costa-Amic, 1966, vol. I, p. 42, 64, 125-126 y 129.

⁹ Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen: 1910-1933 a propósito de Ulises Criollo, autobiografía del licenciado José Vasconcelos*, México, Cultura, 1936, y *Apuntes autobiográficos*, México, Porrúa, 1951.

¹⁰ Archivo Manuel Gómez Morán, gav. 26, exp. 55, leg. 11/12, inv. 1719, ff. 415-8, (en adelante AMGM).

¹¹ Archivo General de la Nación, Fondo Investigaciones Políticas y Sociales, vol. 65, exp. 18 y vol. 66, exps. 5 y 19, (en adelante AGN, FIPyS).

¹² *Ibid.*, vol. 66, exps. 5 y 19.

¹³ *Ibid.*, vol. 66, exps. 5 y 19.

¹⁴ *Ibid.*, vol. 67, exp. 2.

La desunión y el desprestigio de los políticos involucrados¹⁵ en la oposición durante las elecciones de 1934 facilitaron el triunfo de Cárdenas, quien además de su fuerza política contaba con la de Calles y con la única estructura nacional de entonces, el PNR. Por lo que respecta al primer motivo de conflicto, el educativo, éste tuvo su origen antes de que Cárdenas tomara el poder, cuando, con Abelardo Rodríguez en la presidencia y con Calles todavía como “Jefe Máximo”, el gobierno impuso al país la llamada educación “socialista”, modalidad adoptada por el PNR para el programa sexenal de gobierno y a la que Calles se adhirió con el provocativo “grito de Guadalajara” de julio de 1934.¹⁶ Abrumadoramente católica, la sociedad mexicana consideraba al socialismo como una doctrina extraña y peligrosa, por lo que inmediatamente comenzó su oposición a tal propuesta pedagógica. En efecto, en forma paralela al unívoco rechazo del clero, ocurrió la lucha de la Unión Nacional de Padres de Familia, organización con estructura de alcance nacional que concentró sus ataques en la figura del Secretario de Educación, Narciso Bassols, logrando su renuncia en mayo de 1934,¹⁷ y la que reclamaba que sólo los padres de familia tenían el derecho a educar a los niños en temas como la religión y la sexualidad. Si bien la oposición de la Unión de Padres de Familia fue radical pero pacífica, en los escenarios pueblerinos y rurales hubo numerosos actos de violencia contra los profesores gubernamentales portadores de las ideas consideradas socialistas. En todo caso, ni siquiera la ciudad de México quedó excluida de la violencia, como lo prueba la represión gubernamental a numerosos grupos de mujeres y niños que se manifestaban en el Hemiciclo a Juárez, en la Alameda, en pleno centro de la capital del país.¹⁸

¹⁵ Además de los ya mencionados destacaban Antonio Díaz Soto y Gama, Aurelio Manrique y Vito Alessio Robles. El jacobinismo de Antonio I. Villarreal no podía ser atractivo para las clases medias y altas.

¹⁶ Más que marxista, la propuesta pedagógica del gobierno y del PNR era afín a la ideología nacionalista y revolucionaria. Según una estudiosa del tema, el grito de Calles en Guadalajara reflejaba su visión “estatista” de la educación. Cfr. Victoria Lerner, *La educación socialista*, México, El Colegio de México, 1979 (tomo 17 de *Historia de la Revolución mexicana*).

¹⁷ Fue sustituido por el licenciado Ignacio García Téllez, también partidario de la educación socialista, quien duró en el puesto un par de años, siendo sustituido por el moderado Gonzalo Vázquez Vela, resultado de la presión política y social contra la educación socialista y contra la educación sexual.

¹⁸ John A. Britton, *Educación y radicalismo en México. Los años de Cárdenas (1934-1940)*, México, SEP SETENTAS (288), 1976, y Susana Quintanilla y Mary Kay Vaughan, *Escuela y sociedad en el periodo cardenista*, México, FCE, 1997. Véase también Taracena, II. p. 257-258 y III, p. 44, 47, 54-55, 57.

Comprendible y previsiblemente, tal rechazo implicó una movilización a todo lo largo y ancho del país. A mediados de 1933 un grupo de mujeres protestó en Querétaro contra Saturnino Osornio, cuando éste expresó su deseo de ser el primer gobernador en implantar la educación sexual;¹⁹ asimismo, hubo agresivas protestas en Guadalajara, lo que dio lugar a que el gobernador acusara al clero de estar involucrado en dicha oposición. Esta lucha se extendió a varios puntos del país: a mediados de 1934 la filial de la Unión de Padres de Familia en Ciudad Juárez, Chihuahua, organizó protestas contra la educación socialista.²⁰

Con la reciente obtención de su autonomía en 1929, muchos universitarios de la ciudad de México se movilaron contra la imposición de la educación socialista, por ser contraria a la libertad de cátedra. Así lo hizo el rector de la Universidad Nacional, Manuel Gómez Morín,²¹ lo mismo que profesores destacados, como Antonio Caso, Ezequiel Chávez, Jorge Cuesta y Rodolfo Brito Foucher, y estudiantes agrupados en las principales organizaciones gremiales, ya la Confederación Nacional de Estudiantes, cuyos líderes eran Benito Coquet y Bernardo Ponce, entre otros, o la Unión Nacional de Estudiantes Católicos.²² El movimiento anti-socialista incluyó desde serios debates filosófico-ideológicos, como el sostenido entre Caso y Vicente Lombardo Toledano,²³ hasta enfrentamientos y pugnas entre las organizaciones estudiantiles, pasando por huelgas en las facultades de Medicina, Leyes, Ciencias Químicas y Odontología, entre otras.²⁴

En Guadalajara el conflicto universitario fue de proporciones mayores, tanto por la violencia de los acontecimientos –hubo incluso muertos– como por sus secuelas, pues dio lugar a una profunda escisión y a la creación de la Universidad

¹⁹ Taracena, I, p. 146. Obviamente, el rechazo a Osornio descansaba en una oposición más generalizada, en especial por sus actitudes agraristas. Cfr. Marta Eugenia García Ugarte, *Génesis del porvenir. Sociedad y política en Querétaro (1913-1940)*, México, FCE, 1997.

²⁰ *Ibid.*, II, p. 213 y III, p. 76.

²¹ Ma. Teresa Gómez Mont, *Manuel Gómez Morín. La lucha por la libertad de cátedra*, México, UNAM, 1996.

²² Luis Calderón Vega, *Cuba 88*, México, Fimax Publicistas, 1963.

²³ Antonio Caso, *Obras completas*, compilación de Rosa Krauze, México, UNAM, 1971, tomo I.

²⁴ En la Universidad Nacional hubo varias organizaciones estudiantiles con posturas divergentes al respecto. Además de las dos mencionadas estaba el Directorio Estudiantil, encabezado por Gustavo García Travesí y Juan Sánchez Navarro.

Autónoma de Guadalajara, furiosamente antisocialista.²⁵ En Monterrey el gobernador y el congreso local presionaron –política y económicamente– a la Universidad de Nuevo León para que adoptara la postura socialista, lo que generó graves disturbios, calificados por Calles como provocaciones de los “frailes y judíos capitalistas”.²⁶ Por lo que respecta al sector profesional, la Barra Mexicana de Abogados se opuso también a la socialización de la educación mediante un discurso de Gabriel García Rojas, quien reclamó que dicha educación “hipotecaría el espíritu de las juventudes futuras”.²⁷

Estas muestras de críticas y oposiciones permiten afirmar que gran parte de la clase media fue abiertamente contraria a la educación socialista, disposición político-pedagógica revertida cuando finalizó el periodo cardenista.²⁸ También hubo gran oposición al intento coetáneo y complementario de incorporar a la educación la enseñanza sexual. Por ejemplo, el Delegado Apostólico don Leopoldo Ruiz y Flores afirmó contundentemente que “la llamada educación sexual” era una auténtica “corrupción de la niñez”, y el obispo de Huejutla exhortó a todos los católicos a que se opusieran “con todas sus fuerzas” a dicho proyecto.²⁹

Íntimamente vinculada al ámbito educativo, la política religiosa cardenista también generó graves y numerosas desavenencias sociopolíticas desde los inicios de su gobierno. A diferencia del asunto educativo, el problema religioso no se limitó a las clases medias. La correlación entre ambos conflictos es innegable, pues fue por las protestas del clero contra la educación socialista que el gobierno procedió a expulsar sacerdotes. Por ejemplo, en el estado de Tamaulipas se acordó la expulsión de todos los curas católicos, y en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, varios sacerdotes fueron expulsados por considerárseles “perniciosos de morali-

²⁵ Alfredo Mendoza Cornejo, *La reforma universitaria de 1933*, México, Universidad de Guadalajara, 1988, y Alma Dorantes, *El conflicto universitario en Guadalajara, 1933-1937*, México, Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco-INAH, 1993.

²⁶ Taracena, II, p. 234, 239, 245-246. El obispo de Huejutla contestó a Calles, afirmando que era él quien tenía un plan “judaicomasonico”.

²⁷ *Ibid.*, p. 256. Toribio Esquivel Obregón, conocido miembro de la Barra de Abogados, en octubre de 1934 afirmó que la religión católica era parte de la idiosincrasia nacional.

²⁸ Al respecto véanse Jaime Torres Bodet, *Discursos, 1941-1964*, México, Porrúa, 1965, y Ernesto Meneses Morales, *Tendencias educativas oficiales en México, 1934-1964*, México, Universidad Iberoamericana, 1988, tomo 3.

²⁹ Taracena, II, p. 254-255. Véase también Archivo Plutarco Elías Calles, serie 010806, exp. 2, inv. 582, leg. 1, (en adelante APEC).

dad”. Obviamente, las expulsiones de religiosos no fueron exclusivas de estas regiones, pues fue un proceso nacional, con pocas excepciones –como San Luis Potosí–, lo cual explica el clima de tensión general que provocó.³⁰

El conflicto religioso de 1934 y 1935 amenazó con convertirse en una repetición de la guerra cristera que había asolado pocos años atrás a buena parte del país.³¹ Algunos de los procedimientos volvieron a ponerse en práctica, como en Mérida, Yucatán, donde los templos fueron clausurados y el arzobispo fue expulsado de la entidad. Del mismo modo, muchos de los involucrados en el conflicto del decenio anterior se reorganizaron y se aprestaron a actuar de nuevo: la Liga Defensora de la Libertad Religiosa criticó a “los sátrapas que están en el poder”, auténtica “mafia” y “odiosa tiranía”, y en particular al “chacal” Tomás Garrido Canibal, por los asesinatos de católicos cometidos por sus seguidores en Coyoacán y Tacubaya; más aún, miembros de la Liga advirtieron que se harían justicia con sus propias manos si el gobierno de Cárdenas no acababa con las agresiones y la impunidad de “la hiena” Garrido Canabal.³² La violencia fue, desgraciadamente, más una realidad que una amenaza, y se dio tanto en escenarios urbanos como rurales: mientras en la colonia Escandón de la ciudad de México los católicos agredieron a la policía por aprehender al párroco de la iglesia del Espíritu Santo, acusado de hacer propaganda sediciosa, en la lejana Carichic, población tarahumara de Chihuahua, el presidente municipal fue linchado por encabezar la campaña anticlerical.³³

El clima de hostilidad fue tan grave que se llegó a acusar a ciertos elementos católicos de haber reunido una importante suma de dinero para promover levantamientos armados en todo el país, señalándoseles también de haber intentado convencer al general potosino Saturnino Cedillo de que encabezara el movimiento.³⁴

³⁰ *Ibid.*, p. 270 y 280. Véase también Dudley Ankersen, *El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución mexicana en San Luis Potosí*, México, Gobierno del estado de San Luis Potosí-INEHRM, 1994.

³¹ El clásico en la materia es Jean Meyer, *La cristiada. El conflicto entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929*, 3 vols. México, Siglo XXI Editores, 1974. Véase APEC, serie 010701, exp. 78, inv. 281, leg. 3/3, f. 426.

³² AGN, Ramo Presidentes, Fondo Lázaro Cárdenas, exp. 602.1/1 (en adelante AGN, R.Pdts., FLC).

³³ El radicalismo fue mutuo: al respecto considérese la creación de la Liga Nacional Contra el Fanatismo por grupos simpatizantes con la postura gubernamental.

³⁴ Además de Ankersen, véase Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984; Victoria Lerner, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM, 1989, y Carlos Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista*, México, UNAM-FCE, 1990.

Si bien Cedillo fue renuente a dicha invitación, lo cierto es que, con el aparente apoyo de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, a finales de 1934 se levantó en armas Lauro Rocha –hijo del general liberal Sóstenes Rocha–, encabezando a numerosos ex cristeros en la región “alteña” de Jalisco. Aunque en esta ocasión la lucha fue breve, es indudable que se trató de un auténtico *rescoldo*.³⁵

Es incuestionable que el riesgo de que el rescoldo deviniera incendio, junto con la presión de numerosas agrupaciones políticas y sociales nacionales e internacionales, como fue el caso de la Unión Femenina Católica Mexicana –que pidió a Cárdenas que ordenara la suspensión de las agresiones gubernamentales contra las convicciones religiosas de la mayoría del pueblo mexicano– o el de varios prelados católicos y políticos estadounidenses,³⁶ forzaron la adopción de una actitud conciliadora y negociadora entre Cárdenas y la jerarquía católica, evitándose que el conflicto escindiera al país como había sucedido años atrás. Sin embargo, es indudable que el asunto religioso enturbió la relación entre el gobierno y la sociedad al inicio del periodo presidencial de Cárdenas, y que la confianza entre ambos nunca fue plenamente reestablecida. Al contrario, los motivos de enfrentamiento siguieron aumentando, haciendo de aquellos años los más conflictivos, en términos ideológicos y sociopolíticos, de toda la historia posrevolucionaria mexicana.

Tradicionalmente se ha sostenido que la política económica de Cárdenas³⁷ fue el mayor motivo de conflicto con las clases media y alta. Aunque sería exagerado afirmar que le hizo la guerra a ambos sectores, resulta indudable que el gobierno cardenista buscó la hegemonía nacional, lo que le permitiría convertirse en el regulador de la economía y en el árbitro incuestionable de todos los conflictos sociopolíticos. Al no ser un árbitro neutral decidió erosionar el poder de los empresarios y de las clases medias y aumentar el del proletariado; esto implicaba mejorar

³⁵ Antonio Estrada, *Rescoldo: los últimos cristeros*, México, JUS, 1961. Igual que años atrás, la alta jerarquía católica desaprobó la violencia: disolvió a la Liga Defensora y Andrés Barquín y Ruiz fue expulsado de *La Palabra*, por lo que fundó el tabloide semanal *Criterio*, en el que se incitaba a la resistencia armada. Véase también Servando Ortoll, “Lauro Rocha, la batalla del cerro de El Águila y el fin de la campaña armada en Los Altos de Jalisco”, en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, núm. 2, mayo-agosto, 1981.

³⁶ Un senador demócrata pidió la suspensión de relaciones comerciales con México como represalia por su política anticlerical.

³⁷ Enrique Cárdenas, “La política económica en la época de Cárdenas”, en Marco Tonatiuh Águila M. y Alberto Enríquez Perea, *Perspectivas sobre el cardenismo*, México, UAM, 1996, p. 33-61.

la situación económica de los obreros mediante la regulación y protección de sus salarios, así como mejorar su situación política fomentando y apoyando su organización sindical. Desde un principio Cárdenas dejó en claro que en cualquier conflicto obrero-patronal apoyaría al sector de los trabajadores.³⁸

Los empresarios no sólo rechazaron el intervencionismo de Cárdenas y su falta de neutralidad; también protestaron contra el clima de inseguridad jurídica, supuestamente culpable de la depresión general de los negocios. En realidad, su preocupación por el rumbo del país y por la protección de sus intereses económicos venía de años atrás, desde que acabó la lucha armada, cuando procedieron a organizar la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO) y la Confederación de Cámaras Industriales (CONCAMIN), preocupación que se recrudeció en 1929, luego de promulgarse la Ley Federal del Trabajo. Ésta orilló a los empresarios de Monterrey a crear la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX), con la intención de presionar para lograr ciertas modificaciones a dicha ley. Así, en febrero de 1936 esta agrupación empresarial organizó un “paro” en Monterrey, como protesta contra “las tendencias comunistas” del proyecto cardenista y contra “la infiltración” de grupos y líderes “de filiación izquierdista” en las organizaciones obreras.³⁹ Como represalia contra dicho “paro” y con la finalidad de controlar a todas estas agrupaciones, en agosto de ese año se promulgó la Ley de Cámaras, documento que motivó la abierta oposición empresarial, pues no se tomaban en cuenta las diferencias entre los intereses de los comerciantes y los industriales; además, se criticó como “compulsiva” la pretensión corporativista de hacer obligatorio el ingreso a una cámara única, en la que, para colmo, el gobierno tendría injerencia, situación que le brindaría información y capacidad de intervención política.⁴⁰

³⁸ Samuel León e Ignacio Marván, *La clase obrera en la Historia de México en el cardenismo, 1934-1940*, México, UNAM-Siglo XXI Editores, 1985. Véase también la obra de Gilly citada en la nota 6.

³⁹ Ricardo Pérez Monfort, “*Por la patria y por la raza*”. *La derecha secular en tiempos de Lázaro Cárdenas*, México, UNAM, 1993, p. 23. Indudablemente, ésta es la obra más importante sobre el tema, y mi deuda con ella es enorme, a pesar de su evidente parcialidad ideológica, pues concibe a Cárdenas como la víctima de una repugnante oposición, vista ésta desde una perspectiva anacrónica, todavía apoyada en conceptos basados en la geometría política.

⁴⁰ Leticia Juárez, *La organización empresarial en México durante el cardenismo*, México, tesis (Licenciatura en Relaciones Internacionales), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1983.

Otro motivo de oposición empresarial fue la Ley de Expropiación, la cual mereció que sus organizaciones hicieran público su rechazo desde que ésta se discutía en la Cámara de Diputados, en octubre de 1936. Les preocupaba la gran capacidad de injerencia que dicha ley asignaba al gobierno en materia económica, y rechazaban que fuera legal proceder a la expropiación para “satisfacción de necesidades sociales”, o que fuera una medida atinada para lograr una “mejor distribución de la riqueza”. En rigor, consideraban que el concepto de “beneficio de la colectividad” era de gran vaguedad y que la aplicación de esta ley dependería de la ideología del gobernante en turno. Sobre todo, reclamaban que dicha ley transformara el concepto de propiedad, de un derecho absoluto o natural a una función social. Además, les parecía inaceptable que el beneficio de una clase social se lograra a partir del detrimento de otras. Esa era, precisamente, la parcialidad que rechazaban.⁴¹ Si bien las opiniones vertidas hicieron que se introdujeran algunas modificaciones, la Ley de Expropiación fue promulgada rápidamente, en noviembre, convirtiéndose en un permanente motivo de conflicto entre los empresarios y el gobierno cardenista.

Es incuestionable que el obrerismo del gobierno cardenista provocó la unificación empresarial. Recuérdesse que a principios de 1935 estalló una huelga en La Vidriera, propiedad de la familia Sada, con el objetivo de que se revisara el contrato colectivo de trabajo. Dado que Cárdenas apoyó a los huelguistas, el grupo empresarial de Monterrey respondió con un enorme activismo, creando la Acción Cívica Nacional,⁴² que tuvo capacidad para organizar una manifestación contraria a la huelga y a la política laboral del gobierno y para coordinar el “paro” empresarial de febrero de 1936. La importancia de la unión patronal regiomontana fue que ya no se limitó a la negociación cupular con el gobierno, sino que se le opuso abiertamente a partir de un movimiento social propio; incluso fueron acusados de colaborar en el financiamiento de varias organizaciones conspiratorias, en concreto con la Acción Revolucionaria Mexicana, organización paramilitar fundada

⁴¹ *Excelsior*, 6 y 21 de octubre de 1936.

⁴² Aunque sin vínculos aparentes con ésta, poco antes se había creado un Partido Acción Nacional, encabezado por un tal Octavio Elizalde, abogado. Cfr. AGN, FIPyS, vol. 66, exps. 5 y 19.

hacia 1934 por el viejo villista Nicolás Rodríguez como protesta por la radicalización del proceso posrevolucionario.⁴³

La conducta diplomática del gobierno de Cárdenas fue otro motivo de preocupación y enojo entre los sectores medios y altos de la sociedad. Para comenzar, el decenio de los treinta fue, de por sí, un periodo polémico en materia internacional. El liberalismo político había caído en desgracia desde principios de siglo, y el *crack* de 1929 trajo un enorme descrédito para el régimen económico capitalista. En cambio, dados los éxitos iniciales de los modelos comunista y fascista, que habían permitido los innegables progresos de la Unión Soviética, Alemania, Italia y Japón, muchos creyeron que las únicas alternativas esperanzadoras estaban en alguno de estos dos modelos. Las rotundas polémicas sobre las ventajas de cualquiera de estas opciones fueron la principal característica de aquellos años, de auténticas guerras ideológicas.

México, por su parte, había obtenido ciertos éxitos con base en su propio modelo, el nacionalista revolucionario, distintivamente ecléctico. Sin embargo, mientras varios ideólogos y grupos políticos sostenían que el país debía mantenerse fiel a su proyecto, otros alegaron que los problemas socioeconómicos de la primera mitad del decenio y la polarización que crecientemente dividía al mundo exigían ciertos replanteamientos impostergables. La polémica puede sintetizarse con las palabras de un político involucrado en el debate, Luis Cabrera, quien sostenía que la influencia “comunisante” en el gobierno de Cárdenas lo alejaba del modelo hasta entonces vigente en el país.⁴⁴

LAS ORGANIZACIONES OPOSICIONISTAS

Las numerosas y graves divergencias y hostilidades del periodo se expresaron a través de diversas agrupaciones y de partidos políticos constituidos al efecto. La creación y organización de éstos se concentró en determinados momentos. La pri-

⁴³ Además de la obra citada de Pérez Montfort, consúltese la de Hugh Campbell, *La derecha radical en México, 1929-1949*, México, SEP SETENTAS (276), 1976.

⁴⁴ AMGM, vol. 520, exp. 1645.

mera etapa fundacional abarcó los años de 1933 y 1934, años de elección presidencial. Muchos de los aspirantes que no fueron favorecidos por Calles y por el PNR procedieron a crear o a reactivar sus propios partidos. Algunos ejemplos podrían ser, además del Partido Civilista Renovador, que abortó cuando Alberto J. Pani no aceptó ser su candidato, el Partido Pro-Patria, que sufrió un resultado similar pues Abelardo Rodríguez rechazó aventurarse en un intento reeleccionista, y el Partido Social Democrático, que postuló al sonoreense Gilberto Valenzuela. También se fundó un Comité de Partidos Renovadores que, aunque afiliados al PNR, eran contrarios a Cárdenas, porque el radicalismo de su campaña les provocaba resquemores;⁴⁵ la Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes, que eligió al general Antonio I. Villarreal como su candidato,⁴⁶ y el Partido Social Anticomunista, contrario a que Calles impusiera a Cárdenas.⁴⁷

Otro momento prolífico en cuanto a creación de agrupaciones opositoras fue el de los años de 1935 y 1936, cuando numerosos ex callistas, desplazados del aparato gubernamental y sin influencia en el PNR, dominado ya por Cárdenas, procedieron a fundar el Partido Constitucionalista Mexicano. Tal vez más significativa resultó la creación de un par de organizaciones de veteranos de la lucha revolucionaria, quienes se sintieron desplazados por los líderes de las nuevas agrupaciones de masas, como Vicente Lombardo Toledano y Natalio Vázquez Pallares. Una fue la Unión Nacional de Veteranos de la Revolución, creada en junio de 1936 y encabezada por altos oficiales que veían amenazadas sus prebendas, quienes se opusieron a que Cárdenas organizara fuerzas militares “irregulares” en el escenario rural y que clamaban contra la “amenaza comunista” auspiciada desde algunas esferas gubernamentales. Para éstos el Ejército Nacional no debía dedicarse a promover y apuntalar la Reforma Agraria: explícitamente anticomunista, la Unión de Veteranos estaba en contra de la educación socialista y de que se exacerbara la lu-

⁴⁵ Gilberto Valenzuela también fue apoyado por el Partido Nacionalista Mexicano. Cfr. AGN, FIPYS, vol. 66, exps. 5 y 19. Véase también Alejandra Lajous, *Los partidos políticos en México*, México, Premiá Editores, 1985, p. 60, 119, 141-2. Taracena, I, p. 68, 190-191; II, p. 73-74. Véase también APEC, gav. 26, exp. 55, leg. 11/12, inv. 1719, ff. 415-8. Para el caso Pani, véanse las notas 9 y 10.

⁴⁶ En 1929 Villarreal fue candidato del llamado Partido Social Republicano. En 1934 logró el apoyo de algunos líderes universitarios, como Andrés Pedrero, lo que obligó al rector Manuel Gómez Morín a declarar que la Universidad Nacional “no rezaba con el villarrealismo”. Cfr. Taracena, I, p. 259.

⁴⁷ Un último ejemplo podría ser el Partido Renovador Mexicano, vinculado a Antonio Díaz Soto y Gama.

cha de clases.⁴⁸ Otra organización que agrupó a viejos revolucionarios fue la Acción Revolucionaria Mexicana, de Nicolás Rodríguez, cuyos miembros fueron conocidos como los “camisas doradas”, por la ascendencia villista de su líder y por su similitud con los camisas “pardas” y “negras” de los fascistas europeos, y en tanto que se aceptaba como una organización antisemita, anticomunista y contraria al radicalismo cardenista.⁴⁹ Es indudable que el ánimo fundacional de 1935 y 1936 se debió a la radicalización de las políticas cardenistas. A partir de entonces surgieron organizaciones como el Partido Revolucionario Anti Comunista, contrario a “los excesos demagógicos” del gobierno cardenista.⁵⁰

A partir de entonces cambiaron las modalidades de las críticas a Cárdenas, así como sus motivos y propuestas. Al principio había habido oposición por parte de varios políticos profesionales, con el fin de que éste no llegara al poder. Posteriormente, sectores predominantemente vinculados a la iglesia católica rechazaron sus políticas educativa y religiosa. Asimismo, como respuesta a su postura favorable a los obreros y campesinos, Cárdenas comenzó a enfrentar la oposición de todo tipo de empresarios. Finalmente, entre 1938 y 1940 predominaron dos tipos de opositores anticardenistas. Obviamente, unos fueron los grupos políticos contrarios a él; los otros, los opositores surgidos en los sectores medios de la sociedad civil, contrarios a que sobreviviera su modelo.

Otros cambios notables fueron que al principio se le vio a Cárdenas como parte menor del callismo, mientras que después de 1936 se le consideró un político ajeno a la tradición revolucionaria del país.⁵¹ Asimismo, si al principio fue atacado por jacobino, terminó siendo considerado “comunisante”.⁵² En esta fase del

⁴⁸ AMGM, vol. 552, exp. 1747. AGN, FIPyS, vol. 18, exp. 24.

⁴⁹ Alicia Gojman, *La acción revolucionaria mexicana: las camisas doradas, 1934-1940*, México, FCE, 1998.

⁵⁰ AGN, R. Pdtes., F. LC, exp. 551/14.

⁵¹ Recuérdese la ilustrativa fase de Luis Cabrera para distinguir entre los revolucionarios “de entonces” y “los de ahora”.

⁵² José Morales Gómez, secretario del Partido Demócrata Constitucionalista, a Manuel Gómez Morin, 30 noviembre 1936, en AMGM, vol. 520, exp. 1645. Un destacado colaborador de este partido fue Jorge Prieto Laurens, fundador y líder del Partido Nacional Cooperatista a finales del decenio revolucionario, y quien luego fue un contumaz opositor de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Según Prieto Laurens el modelo cardenista era una “caricatura del Quinquenal Ruso”, elaborado por “demagogos sin conciencia” y por “extremistas”. Véase Jorge Prieto Laurens, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*, México, Editora de periódicos, libros y revistas, 1968, p. 257-295, 298 y 304.

sexenio de Cárdenas el grupo opositor más importante fue la Confederación de la Clase Media,⁵³ organización social sin aspiraciones electoreras y ayuna de políticos profesionales. Desde un principio fue encabezada por Enrique y Gustavo Sáenz de Sicilia: el primero, abogado, había sido directivo de la campaña obregonista en 1920 y luego había trabajado en el servicio consular y en el Banco de México antes de instalar un despacho de especulación financiera, que fracasó por la crisis de 1929; el segundo, ingeniero, participó en 1922 en la formación del efímero Partido Fascista y luego instaló la Compañía Nacional Productora de Películas, S.A., en desgracia reciente por presiones sindicales.⁵⁴

Su objetivo era constituir una “Defensa Social de la Clase Media”, clase que, a pesar de ser “la fuerza de los pueblos civilizados”, en México se encontraba “en situación de paria dentro del conglomerado social nacional”, carente “de todo derecho” y sin una institución “que la defienda”. Por lo mismo, urgía organizarse y hacer “labor fecunda, no de obstrucción”. En efecto, uno de sus fundadores –Enrique Sáenz de Sicilia– aseguró a Cárdenas que se procedía a la organización de “los profesionistas, estudiantes, industriales, agricultores, propietarios, empleados y artesanos”, siguiendo su recomendación “de que todas las fuerzas vivas del país se organicen”.⁵⁵ También le dijo que un objetivo de la unificación de dicha clase era coordinar las actividades de grupos como las Juventudes Nacionalistas Mexicanas, la Asociación Nacionalista de Pequeños Proprietarios Agrícolas, la Acción Cívico Nacional y el Comité Nacional Pro-Raza.⁵⁶

La mera creación de la Confederación de la Clase Media tenía un carácter reivindicativo y un ánimo desafiante. Sólo así se explica su reclamo de padecer “la más grande indiferencia” de los gobiernos posrevolucionarios. Su protesta fue provocada porque Cárdenas únicamente se preocupaba por el mejoramiento socioeconómico de un sector, el popular, derivándose de ello “un inmediato desequilibrio”, al gra-

⁵³ En 1924 se había creado un Sindicato de la Clase Media, también mencionado como Confederación Sindical de la Clase Media. Su origen y su destino me siguen resultando una incógnita. Cfr. APEC, gav. 63, exp. 3, inv. 4688, f.1.

⁵⁴ AGN, R. Pdtes., E.L.C, exp. 565.4/1391. Otros miembros fueron Eduardo Garduño, Francisco Doria Paz –también miembro de la Confederación Patronal de la República Mexicana–, Horacio Alemán, Santiago Ballina y Querido Moheno jr. Cfr. Pérez Montfort, *op.cit.*, p. 52-53.

⁵⁵ AGN, R. Pdtes., E.L.C, exp. 437.1/512.

⁵⁶ Pérez Montfort, *op.cit.*, p. 54-5.

do de colocar a los obreros y campesinos en un plano que “casi podríamos llamar privilegiado”. En todo caso, les parecía injusto que, “en medio de este acomodamiento colectivo”, sólo la clase media siguiera “al margen de toda consideración”, consecuencia de tener un presidente de “tendencias unilaterales”.⁵⁷

Los miembros de la Confederación⁵⁸ rechazaban el modelo cardenista de gobierno y repudiaban su proyecto de país. En forma dramática y exagerada afirmaban que el país se encaminaba al “caos” y que dicho “desbarajuste” era producto “de las pugnas de las masas trabajadoras”. Con todo, la Confederación insistió en manifestarse como sincera partidaria del auténtico “mejoramiento moral y económico de las clases trabajadoras”. La diferencia estribaba en que, según ella, dicho mejoramiento sólo se obtendría “mediante una justa y real organización de la economía nacional”, única posibilidad de alcanzar “una justicia social más humana”, pero nunca mediante la instauración en el país del “exótico comunismo”, ni merced a la labor de los líderes sindicales, “que aparentando luchar por el pueblo sólo buscan la ganancia y su opresión”, resultando ser sus peores “explotadores”. La Confederación de la Clase Media se reconocía contraria a las ideas y tendencias comunistas, siempre “disolventes”. Por lo mismo, mantuvo siempre una fuerte animosidad contra las organizaciones y luchas obreras; por ejemplo, varios de sus miembros fueron aprehendidos por asumir conductas “antagónicas” a la huelga de los trabajadores electricistas de mediados de 1936, en la cual vieron como una auténtica “catástrofe nacional”. Asimismo, se opusieron a la formación de milicias obreras, pues ello conduciría a la “anarquía”, y criticaron constantemente a los líderes obreros por “demagogos” e “hipócritas”.⁵⁹ Sus críticas y su labor no pueden ser subestimadas, pues además de reclamar los derechos que, según ellos, les habían sido negados y de ofrecer protección jurídica a sus agremiados –supuestamente 162,000– en materia fiscal, laboral y de propiedad, proponían una radical reorientación del proceso posrevolucionario nacional, o sea, el fin del modelo cardenista. Demandaban, en última instancia, que se reconociera a la clase media

⁵⁷ Para una conocida estudiosa del tema durante el sexenio cardenista las clases medias “vivieron la amargura de la marginación política”, al grado de que esos años fueron “una experiencia traumática”. Cfr. Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 78-98.

⁵⁸ Los nombres de muchos de sus militantes en varias regiones del país, en AGN, FIPyS, vol. 205, exp. 1.

⁵⁹ AGN, R. Pdes., F. LC, exp. 136.3/432, exp. 606.3/20.

como el sector “más importante del conglomerado social mexicano”. En este contexto adquiere valor el perceptivo diagnóstico de Vicente Lombardo Toledano, ideólogo del cardenismo y líder de la CTM, quien adivinó en las clases medias la aspiración a gobernar el país en el futuro. Tal era el fondo del debate: las clases medias, en efecto, pugnaban por la supresión del experimento cardenista y por dirigir la reorientación nacional.

En 1938, cuando el PNR se transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), estructurado con su base en campesinos, obreros, militares y burócratas,⁶⁰ la clase media tuvo que reconocerse como enemiga de, o cuando menos como sector no simpático al, partido político en el poder. Su angustia y temor sólo podían ser canalizados con la acción política. La transformación del PNR en PRM y la inminencia de la contienda por la sucesión presidencial provocaron una nueva ola fundacional de organizaciones políticas. Entre las más importantes destaca el Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional,⁶¹ compuesto por antiguos y destacados revolucionarios como Emilio Madero, Ramón F. Iturbe, Juan C. Cabral, Marcelo Caraveo, Jacinto Treviño, Aquiles Elorduy y Gilberto Valenzuela, que ratificaban su enojo porque los nuevos líderes sociales los habían desplazado del poder. Al año siguiente esta agrupación se convirtió en el Partido Revolucionario de Unificación Nacional, que finalmente se inclinó por Juan Andreu Almazán como su candidato para la presidencia.⁶²

La intensidad opositora del almanismo fue resultado de haber sido la principal fuerza antigubernamental durante el momento sucesorio electoral. Otra agrupación que ejemplifica la oposición radical al modelo cardenista durante ese mismo momento fue el Partido Revolucionario Anti Comunista (PRAC), que si bien fue encabezado por varios políticos callistas,⁶³ llegó a tener un apoyo apreciable de

⁶⁰ Véanse las obras de Garrido y de González Compeán y Lomelí citadas en la nota 2.

⁶¹ En 1935 había sido creado el Partido Nacional de Salvación Pública, encabezado por ex militares como Francisco Coss y Adolfo León Ossorio, los que deseaban un Cárdenas con menos facultades en materia económica.

⁶² Bernardino Mena Brito, *El PRUM, Almazán y el desastre final*, México, Botas, 1941, y Josefina Moguel, *Juan Andreu Almazán*, México, Planeta DeAgostini, 2003. Varias agrupaciones, además del Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional, como el Partido de Salvación Pública y el Partido Democrático Constitucionalista, pasaron de valenzuelistas a almanistas. Cfr. AGN, FIPyS, vol. 76, exp. 4, vol. 80, exp. 9.

⁶³ Acaso los más importantes eran Manuel Pérez Treviño, Melchor Ortega y, sobre todo, Joaquín Amaro.

ciudadanos de varias regiones del país. Su ideología era clarísima: contrario al comunismo, al “desorden económico” y al estatismo, era partidario de la “sensatez”, de las políticas “serias y ordenadas” y de las luchas cívicas.⁶⁴

Este partido siempre se manifestó contrario a la infiltración comunista y a favor de rectificar “errores”. El PRAC se negó a aceptarse como antirrevolucionario y se enorgulleció de estar en contra de los gobiernos “desquiciantes” que sólo generan odio entre los habitantes del país. Es más, se reconocía como un partido revolucionario pero sin excesos, y a México lo concebían como un país urgido de “rectificación”, uno que debía erradicar el mal proyecto cardenista y los procedimientos arbitrarios; esto es, un país congruente y sensato, técnico y moral.⁶⁵

Otra organización fundada en ese 1939 fue el Partido Acción Nacional (PAN). Su principal característica era ser un partido sin candidato en una etapa en que sólo había partidos electoreros y personalistas. También parecía ser un partido de jóvenes de la clase media urbana y no de políticos profesionales o de militares ex revolucionarios. Su líder era Manuel Gómez Morín, que había colaborado con los gobiernos de Obregón y Calles pero que había roto con éste al grado de hacerse vasconcelista. Luego fue un rector universitario muy alejado del gobierno, entre 1933 y 1934, y se mantuvo como pertinaz crítico de Cárdenas a todo lo largo de su sexenio.⁶⁶

¿Cómo es posible que habiendo tantos y tan sólidos grupos contrarios a Cárdenas haya podido ganar su elegido? Las respuestas son varias y hasta obvias. Por un lado, la incapacidad para unificarse de los principales aspirantes opositoristas, Almazán y Amaro: el primero hizo una intensa pero confusa campaña, la que en buena medida descansó en su carisma y en el respaldo de algunos grupos empresariales y de determinados sectores medios de varias regiones del país;⁶⁷ el otro

⁶⁴ Archivo Joaquín Amaro, Campaña Política, 0514 (en adelante AJA).

⁶⁵ *Ibid.*, Véase también AGN, FIPyS, vol. 76, exp. 4, vol. 78, exp. 1 y vol. 201, exp. 7.

⁶⁶ Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994: oposición leal y partido de protesta*, México, FCE, 1999. Para la biografía de Manuel Gómez Morín, véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976. Véanse también los capítulos correspondientes a Manuel Gómez Morín, en Javier Garcíadiego, *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México, INEHRM, 2005.

⁶⁷ El fenómeno almanista ha producido una historiografía poco objetiva y rigurosa. Para comenzar véase Juan Andreu Almazán, *Memorias del Gral. J. Andreu Almazán: informe y documentos sobre la campaña política de 1940*, México, E. Quintanar, 1941.

pertenecía al círculo íntimo del callismo, poco estimado por la sociedad.⁶⁸ Además de las limitaciones de las estrategias y bases electorales de los opositores,⁶⁹ lo cierto es que el binomio Cárdenas-Manuel Ávila Camacho contaba con la única maquinaria electoral de entonces, el Partido de la Revolución Mexicana, el que integraba a los sectores populares –obreros y campesinos– y a las únicas otras estructuras políticas con presencia nacional: el magisterio gubernamental y el Ejército Nacional.

Además, Ávila Camacho prometió encabezar un gobierno moderado en los aspectos económicos y sociales, incluyente en política y tolerante con las expresiones religiosas. Más aún, dado que ya había estallado la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos requería tener un vecino estable. Así, el país del norte optó por respaldar a Ávila Camacho, quien prometía un gobierno sin los radicalismos cardenistas, antes que desestabilizarlo al apoyar alguna aventura opositorista.⁷⁰


¿Cuál fue el destino histórico de todos estos opositores, clasemedios o conservadores, del modelo cardenista de país? Por lo que se refiere a los políticos profesionales, luego de unas escandalosas y violentas elecciones el gobierno cooptó a Almazán y a sus principales colaboradores.⁷¹ En tanto que éste y Joaquín Amaro sostuvieron luchas personalistas y coyunturales, limitadas a esa elección, ninguno dejó un legado institucional. Más importante fue que el gobierno de Ávila Camacho modificó el modelo cardenista: hubo moderación en materia económica y neutralidad en cuanto a los conflictos entre las clases sociales; asimismo, el gobierno mexicano abandonó su jacobinismo, llegando a un *statu quo* con la iglesia católica, y se revirtió la disposición que hacía socialista la educación. Todos estos cambios dejaron sin objeto de reclamos a las clases medias, por lo que desapareció su oposición. Más aún, si antes éstas habían reclamado el abandono que padecían, a

⁶⁸ Martha Loyo, “El Partido Revolucionario Anti Comunista en las elecciones de 1940”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, IIH-UNAM, núm. 23, enero-julio 2002, p. 145-178.

⁶⁹ Aarón W. Navarro, “La ficción fracasada: Almazán y Amaro en la campaña presidencial de 1940”, en *Boletín Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 49, mayo-agosto 2005.

⁷⁰ Luis Medina Peña, *Del Cardenismo al Avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978, (tomo 18 de *Historia de la Revolución mexicana*).

⁷¹ Mario Ramírez Rancaño, “Juan Andreu Almazán, de militar a empresario”, en Carlos Martínez Assad, *Revolucionarios fueron todos*, México, FCE, 1982, p. 237-281.

finales de la presidencia de Ávila Camacho el Partido de la Revolución Mexicana se transformó en el Partido Revolucionario Institucional. Con esta estrategia las clases medias dejaron de ser un factor de oposición y se convirtieron en un elemento de apoyo para el nuevo gobierno,⁷² claramente moderado a partir de 1940. Este factor impidió que creciera la otra opción opositora, la no personalista, la de los jóvenes profesionistas, el Partido Acción Nacional. La estabilidad y moderación que caracterizaron al gobierno mexicano durante los siguientes tres decenios hicieron innecesario que la clase media se volviera opositora. Esta situación cambió cuando el país comenzó a entrar en crisis recurrentes, a partir de los años setenta, aproximadamente. 

⁷² Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí, *op. cit.*, p. 193 y siguientes.